

La Batalla del Pantano de Vargas

Discurso pronunciado el 25 de Julio
por el Mayor Roberto Ibañez Sánchez



Mayor ROBERTO IBAÑEZ SANCHEZ

Por honrosa distinción de las Fuerzas Militares y de las Academias de Historia de Colombia y de Boyacá, augustas Instituciones sobre las que descansa el culto a las glorias nacionales y de las cuales soy modesto integrante, me ha correspondido llevar la palabra al conmemorarse un nuevo aniversario de la batalla del Pantano de Vargas.

Mas, tamaño nombramiento, cobra en mi persona especial significación, como quiera que tengo el honor de haber nacido en esta tierra insigne y virtuosa de Boyacá, germen de la libertad y expresión magnífica de los valores ancestrales de nuestra raza; donde así como sus hijos, en la paz toman la herramienta y laboran el campo para prodigarse el sustento con fe y esperanza, en la guerra empuñan las armas para defender sus derechos o ideas con bizarría y honor. Por eso, en este pedazo de patria, los hechos famosos han proliferado, la lucha ha sido decisiva y consecuentemente la historia es sublime. Quizá, por eso también, y enmarcada por remembranzas y bellísimos paisajes, la inspiración ha tenido aquí su cuna aventurera y el espíritu humano ha podido elevarse a las supremas moradas del genio.

Porque las dos partes en que la geografía ha dividido a Boyacá, desde el río Casanare hasta el Magdalena, están saturadas de heroísmo con sabor a macanas, flechas, lanzas, bayonetas y pólvora; acá, sobre esta región andina salpicada de contrastes pintorescos, cada bambuco o guabina, es la evocación del fuego de la infantería escalando

montañas; y allá en la inmensidad de los Llanos Orientales, cada joropo es el recuerdo de una intrépida carga de centauros. Así, para todos los boyacenses, cada horizonte es una aureola de triunfo, cada añcranza del pasado una gloriosa leyenda épica y cada porción de tierra, un monumento al valor colombiano.

Es por tanto natural, que sobre este campo, el arte escultórico tenga igualmente la más plena manifestación de su contenido estético y majestuoso, a través de las colosales figuras de los héroes de la batalla del Pantano de Vargas, Coronel Juan José Rondón y de sus catorce jinetes, quienes sobre los lomos de quince potros boyacenses, salvaron al ejército patriota, escribiendo sin par, hazaña que hoy raya entre la historia y el mito.

Hacer ante tan selecto auditorio, una exposición detallada de los incidentes de esta jornada de la libertad, es en verdad redundante; por tal razón he de limitarme solo al análisis global de las circunstancias fáctico estratégicas que la tipificaron, así como a una breve sinopsis biográfica de Rondón, ya que el próximo 23 de agosto debemos conmemorar el sesquicentenario de su muerte.

La batalla del Pantano de Vargas, tuvo sus antecedentes luego del audaz movimiento del ejército patriota desde Tasco por los valles de Cerinza a Duitama, que lo puso en comunicación con las importantes bases de operaciones guerrilleras del Socorro, permitiéndole ocupar simultáneamente una de las zonas más ricas de la provincia de

Tunja. Tal maniobra fue concebida por el Libertador después del combate de Gámeza y Tópaga; quizá además, con la intención de cortar las comunicaciones de Barreiro con Santafé y Tunja. Sin embargo, el jefe español consciente del peligro, el día 18 de julio de 1819, abandonó sus posiciones de Tópaga y se situó en Paipa, quedando las dos fuerzas en contienda, sobre los valles de Bonza, separadas apenas por el río Surba.

Haciendo una apreciación de la situación militar en ese momento, bien podemos decir que Bolívar mantenía la libertad de acción, es decir, la iniciativa en las operaciones, pues el espíritu combativo demostrado en Tópaga y Gámeza por parte de la infantería patriota, especialmente del batallón Cazadores de la Nueva Granada, le había hecho tomar a Barreiro una actitud pasiva; pues no se trataba de "chusmas de pordioseros" como él mismo había escrito a Sámano, la víspera de esta acción, sino de un ejército de apariencia miserable pero con disciplina y espíritu de lucha superiores a los de la Tercera División realista; y como lo dijo Napoleón Bonaparte, los fundamentos morales de la guerra juegan en proporción de tres a uno.

La circunstancia de que la Legión Británica y buena parte de los parques y municiones se hubieran retardado en el paso del Páramo de Pisba, obligaron al Libertador a permanecer cinco días con su puesto de mando en los corrales de Bonza, pero durante este tiempo tuvo oportunidad de planear un movimiento desbordante por el flanco de-

recho del dispositivo realista, con miras a ocupar a Tunja, siguiendo la vía del Pantano de Vargas, Toca. Sin embargo, como el éxito de esta operación radicaba en el cruce rápido del río Grande o Sogamoso, empresa ciertamente difícil, como quiera que no existía puente por este sitio, desde el 23 de julio ordenó la confección de balsas, y cuando estuvieron listas, en la madrugada del 25 inició la marcha.

Ciertamente, más que un error táctico de Bolívar, fue falta de previsión, el no calcular las posibles líneas de acción del adversario, así como las eventualidades del cruce de un obstáculo natural insalvable sin medios apropiados, que al dejarlo a su retaguardia no le daba otra factibilidad que la de vencer o morir. Y así, cuando el realista apareció aquella mañana sobre los cerros del Salitre con el fin de anteponerse a sus intenciones, vióse abocado al combate en condiciones de terreno adversas y sin posible vía de retirada.

Pero el Libertador, acostumbrado a combatir contra las mismas fuerzas de la naturaleza y quien era a su vez, supremo inspirador de la lucha revolucionaria y quien había forjado en sus hombres la fe inquebrantable en la victoria final; arrastrado por esa fuerza moral que lo hacía irresistible ante las circunstancias humanas, obviamente no cejó ante la contingencia táctica y dispuso el combate, dosificando el empleo de sus unidades en forma conveniente.

La batalla empeñada al filo del mediodía, en su mayor parte consistió en

un ataque frontal de la infantería republicana contra la realista en posesión de los cerros del Picacho y del Cangrejo; el cual, luego de cruentas demostraciones de intrepidez de parte y parte, fue rechazado por tres veces consecutivas hacia la hondonada de la quebrada de Varguitas, siendo el último tan determinante, que llevó a pensar al Coronel Barreiro, que era el momento crucial de la batalla, para empeñar su reserva compuesta de 500 dragones montados, y dar el golpe final a los "insurgentes". Y en verdad, así lo daba a entender una sana apreciación objetiva; razón que también justifica la impaciencia y descontrol del Libertador en ese difícil instante.

Sin embargo, los momentos decisivos de la historia traen a veces singulares y extrañas situaciones que hacen variar sustancialmente su curso. Y el del Pantano de Vargas fue uno de ellos.

A través de O'Leary, bien sabemos que ningún caballo llanero logró sobrevivir el paso del Páramo de Pisba y la tradición comprobada, nos dice que en la mañana de aquel célebre 25 de julio, de los 300 jinetes de ejército patriota, a duras penas un centenar tenían cabalgadura. Pero justamente este día llegaron al mismo escenario de la batalla más de 200 briosos corceles de las haciendas de Ocusá, Tímiza y Polmerán, enviados por los patrióticos habitantes de Sotaquirá, por la cual la caballería independiente quedó en condiciones de entrar al combate, constituyéndose durante la mayor parte de él como reserva.

Además, si a este hecho sumamos el valor personal de los lanceros, gloriosamente manifestado dos meses y medio antes en el hato de las Queseras del Medio, nos queda más fácil explicarnos la conducta heroica del Coronel Rondón y de los catorce jinetes, que en primera instancia y seguidos luego por el resto de caballería patriota, se arrojaron sobre los cerrados escuadrones enemigos con furor, arrollándolo todo a su paso y convirtiendo una derrota material que hubiera sido decisiva, en victoria moral de innegable repercusión en los sucesos posteriores de la Campaña Libertadora que culminaron triunfalmente en Boyacá; aun cuando sus resultados aparentes, dada la posición en que quedaron los dos ejércitos después de la batalla, le hubiera dado un carís militar indeciso.

La presente visión panorámica de la Batalla del Pantano de Vargas, aun cuando es personal, está plenamente respaldada por las afirmaciones de los Jefes de los dos ejércitos en contienda.

En primer lugar, el Coronel Barreiro, en el parte de la acción rendido al Virrey Sámano, consignó: "La columna de reserva recibió orden de flanquearlos y la caballería de cargarlos, en el desfiladero por donde se hallaban precisados a retirarse. Su destrucción era inevitable y tan completa que ni uno solo hubiera podido escaparse de la muerte. La desesperación les inspiró una resolución sin ejemplo. Su caballería y su infantería, saliendo de los abismos en que se hallaban, treparon por aquellos cerros con furor. Nuestra infantería que por un ardor

excesivo y por lo escarpado de la posición se hallaba desordenada, no pudo resistir sus fuerzas; sin embargo, les disputó a palmos el terreno y cedieron la posición al enemigo después de la más obstinada defensa.

Y el Libertador, un año después, el 24 de julio de 1820, desde la Villa del Rosario de Cúcuta, escribió al General Santander: "Mañana es San Rondón, y cumplo años yo, y todos mis compañeros en Vargas".

De tal suerte, el triunfo limitado pero significativo del Pantano de Vargas, fue en su orden producto de la inspiración sublimemente heroica de Rondón, del valor innato de cada uno de los bravos jinetes de Venezuela y de la Nueva Granada, del generoso patriotismo de los boyacenses de aquella época y desde luego del mismo espíritu genial del Libertador, quien por ser en sí mismo la revolución de independencia supo infundir en sus soldados un fervor casi místico por la Patria y sus razones de lucha.

El Coronel Juan José Rondón, nació probablemente en Espino, población perteneciente al Distrito Infante en el Estado del Guárico, Venezuela, hacia el año de 1790; y al hacer tal aseveración aclaro un error del libro "Presencia Granadina en Carabobo", en el que, llevado por testimonios inexactos y documentos arreglados por otras personas, que se me enviaron a Bogotá, di por cuna al héroe, la pintoresca villa de Soatá. Pero hoy, después de una investigación personal exhaustiva por todas las poblaciones del norte de Boyacá, tengo que expre-

sar, muy a mi pesar, que ni en Soatá ni en El Espino, se encuentra el menor asomo de la existencia del prócer o de sus ascendientes. Es más, si nos atenemos a su fisonomía de zambo, a su trayectoria, a los documentos de su vida, varios de ellos hasta la fecha inéditos, a su testimonio, a lo que dijeron otros próceres que tenían por qué conocerlo, como eran los Generales Páez y Santander, y más que todo, a la tradición de los Llanos y a sus relaciones con algunos realistas, entre otros el Coronel Manuel Antonio Martínez, quien fue su mentor y amigo desde la infancia, no puede quedar duda de su origen venezolano, que por cierto fue humilde y honesto.

Al estallar la revolución de independencia, era Rondón mayordomo del hato de La Barrosa, situado cerca del Espino, de propiedad de un rico español residenciado en Ocumare del Tuy. A esta última población fue llamado por su patrono, quien lo incorporó como oficial, al mando de 50 jinetes, en el Batallón realista comandado por el Mayor Luna, bajo cuyas órdenes sirvió por más de cinco años, obteniendo el grado de Capitán y fama de ser una de las mejores lanzas realistas. En agosto de 1817, debido a fuerte altercado con su inmediato superior y a que seguramente ya germinaba en su pecho el sentimiento patrio, se pasó a las filas republicanas al mando del General Pedro Zaraza, a cuyas órdenes combatió con extraordinario valor en el sitio de La Hogaza, en el que si bien fue derrotado, le sirvió para lograr el as-

censo a Teniente Coronel, conferido por Bolívar en diciembre de aquel año.

La derrota de La Hogaza, pese a la bizarra conducta de Rondón, fue la causa para que los jinetes del Alto Llano del Guarico, quedaran mal recomendados ante las invencibles huestes Apureñas y Casanareñas del León de Apure, y la razón de su respuesta al General José Antonio Páez, en la memorable jornada de Las Queseras del Medio; donde 153 jinetes escogidos, con Páez, a la cabeza, arrollaron a 1.500 dragones a caballo de Morillo, escapando este y su infantería de la tremenda acometida de aquellos centauros, gracias a los bosques y a las sombras de la noche.

Pero lo extraordinario de la hazaña, es que, en medio de tantos valientes, se hubiera destacado la morena silueta del hijo del Alto Llano, hasta el punto de que, semejante hecho insigne, habría sido suficiente para colocar su nombre entre los más bravos hijos de la Colombia heroica de Bolívar.

Mas, como Rondón, llevaba en su férreo brazo el signo de las victorias imposibles, su destino guerrero le tenía señalado este grandioso escenario bélico, para salvar a la libertad y al Libertador, cuando ambos se encontraban perdidos; y su voz, rápida y alegre, aun parece escucharse sobre estos horizontes, entrecortada por el brioso estampido de los 14 potros: **"Los que sean valientes siganme, por que en este instante triunfamos"**.

Desde luego, la decisión de esta jornada, no corrió a cuenta exclusiva del coloso centauro y de los 14 mas que le

siguieron en su apoteosis, pues como lo afirma el parte realista, toda la caballería y la infantería, cargó de inmediato; sin embargo, ellos dieron el ejemplo y sería injusto no señalarlos, máxime cuando la historia ha recogido sus nombres con caracteres inmortales y existe la significativa coincidencia de que la mitad eran venezolanos y la otra mitad neogranadinos, figurando entre estos últimos, 4 boyacenses. Eran ellos:

Sargento Mayor **Juan Mellano**, quien nació en Barinas, Venezuela y murió heroicamente en la batalla de Carabobo.

Capitán **Valentín García**, natural de Labranzagrando, Boyacá, Llanos de Casanare.

Capitán **Miguel Lara**, natural de Támara, Boyacá, Llanos de Casanare; murió en Baragua, Venezuela.

Capitán **Domingo Mirabal**, natural de Barinas.

Capitán **Celedonio Sánchez**, de San Carlos, Venezuela; murió en el combate de Aguasanta.

Teniente **José de la Cruz Paredes**, natural de Nutrias, Venezuela; murió en Cartagena.

Teniente **Rozo Sánchez**, nació en Morcote, Boyacá, Llanos de Casanare.

Teniente **Pablo Matute**, nació en el Guárico, Venezuela.

Teniente **Pedro Lancheros**, natural de Pauna, Boyacá; descendiente del famoso conquistador de los aguerridos Muzos.

Subtenientes **Miguel y Pablo Segovia**, hermanos, naturales de San Fernando de Apure, Venezuela.

Subteniente **Bonifacio Gutiérrez** y Sargento **Saturnino Gutiérrez**, hermanos, nacidos en Piedecuesta, Santander; el primero murió en Moreno y el segundo en Manare.

Sargento **Inocencio Chincá**, natural de Arauca, murió en Tibasosa a consecuencia de las heridas recibidas del capitán español Bedoya, a quien dejó atravesado con su lanza en el singular y terrible combate que con él sostuvo en este campo, en las inmediaciones del cerro del Cangrejo.

Rondón continuó su épica trayectoria en Boyacá y Carabobo. Y su muerte como sus ilustres hechos, fue por demás digna del mejor lancero de la guerra de independencia; un año después de la batalla de Carabobo, cuando el General Francisco Tomás Morales, desde Puerto Cabello todavía amenazaba a la República, el día 22 de agosto de 1822, el intrepido coronel **Juan José Rondón**, en el sitio de la Naguanagua, al norte de la ciudad de Valencia, como lo había realizado en tantos y desiguales combates, arremetió contra un compacto bloque de infantería realista, justamente la misma que un año antes había cegado la vida de Cedeño, Plaza, Mellao y tantos otros. La lucha fue realmente titánica, pero herido como Aquiles, en un tendón, tuvo que ser llevado al hospital de Valencia, donde a pesar de los cuidados y empeños que puso el General Páez para salvarle la vida, murió de tétano al día siguiente. En su testamento había manifestado ser hijo de Bernardo Rondón y Lucía Delgadillo.

Hoy, al conmemorar los 150 años de su muerte, el espíritu grancolombiano no puede mas que conmoverse ante sus magnos y prodigiosos hechos; porque el Coronel Rondón, es en primera instancia demostración palpable de cuanto puede la buena voluntad, la sencillez y el amor a una causa grande. De humilde cuna y costumbres honradas como la mayoría de los llaneros de ayer y de hoy, se vio envuelto de pronto en la guerra, sacando a relucir las virtudes militares innatas de su pueblo, al principio en defensa de la causa que creyó justa: La del Rey, y luego la de la libertad; ganando siempre cada uno de sus ascensos y merecimientos con la dignidad, hija del auténtico valor material y moral, hasta lograr la distinción mas alta de todas: La de salvador de su patria. Y en segunda instancia, Juan José Ron-

dón, es hoy la enseña victoriosa de la Caballería Colombiana, que con perfiles propios y en guarda de su trayectoria sublime, continúa sembrando de laureles los campos de la patria, ya en defensa de la paz a la cual ha ofrecido la sangre de sus mejores hijos, ya para defender la Constitución, Leyes y Soberanía de la República.

Rindamos así, como soldados y ciudadanos, tributo de gratitud a la Caballería Colombiana en su efemérides gloriosa y a través del perfil heroico del Coronel Juan José Rondón, del indomable centauro que desde que se lanzó a la lucha por la Independencia no sofrenó en ningún momento el brío de su caballo, pues de haberlo hecho, inmóvil habría quedado también la libertad que llevaba en la punta de su lanza.